
Hablar con Jesús

ORAR CON...
JESÚS: EL ROSTRO
DE DIOS

Agustín Filgueiras Pita

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

Introducción	9
1. El rostro de Dios.....	13
2. La idea de Dios	21
3. Falsas ideas de Dios	25
3.1. El dios impasible, lejano, solemne.....	28
3.2. El dios justiciero.....	29
3.3. El dios espía.....	32
3.4. El dios paño de lágrimas, para casos graves.....	35
3.5. El dios rival, enemigo.....	37
3.6. El dios amo caprichoso, casi despótico.....	45
3.7. El dios criado, servidor	47
3.8. El dios fontanero	50
3.9. El dios supermercado.....	53
3.10. El dios bisabuelo	56
3.11. El dios de las medias horas.....	58
3.12. El dios del hobby	61
3.13. El dios de la vagancia	62

3.14. El dios propiedad privada.....	65
3.15. El dios a la carta.....	67
3.16. El dios jubilado	69
3.17. El dios sordo o distraído.....	70
3.18. El dios mal informado	73
3.19. El dios “funcionario quisquilloso”	75
3.20. El dios “desbordado”	77
4. Revelación divina.....	81
5. Jesús nos revela –nos da a conocer– el rostro de Dios.....	87
5.1. ¿Qué idea se tenía de Dios en el tiempo de Jesús?	87
5.2. Jesús necesita planificar su enseñanza	89
5.3. Lo que nos enseñó con su palabra...	91
5.4. Lo que nos enseñó con su propia persona.....	103
6. Jesús se declara Dios.....	151
6.1. Se atribuye poderes divinos	151
6.2. Hace promesas que solo Dios puede cumplir.....	153
6.3. Exige lo que sólo a Dios se debe.....	154
6.4. Se deja llamar Dios	155
6.5. Se declara Dios abierta y claramente	156

7. Jesús es realmente Dios.....	161
7.1. Sus hechos –los milagros– verifican la veracidad de su palabra.....	161
7.2. Sus discípulos le identifican con Dios	163
7.3. Jesucristo no puede engañarse ni engañarnos	165
7.4. Y ese Jesús no es un personaje adorable que ha pasado	168
8. Radical diferencia entre Jesús y todos los demás fundadores de religiones	173
9. Originalidad de Jesús	177
9.1. La idea del Mesías.....	177
9.2. Paternidad de Dios	178
9.3. Primacía del corazón, de la interio- ridad del hombre.....	178
9.4. La cuestión del divorcio	180
9.5. El celibato	181
9.6. La ruptura del nacionalismo religioso	182
9.7. El sábado y el Templo.....	183
10. Adorables “defectos” de Jesús.....	187
11. Epílogo	193
Bibliografía	203

INTRODUCCIÓN

Orar es hablar con Dios: “una conversación amorosa con quien sabemos que nos ama” (santa Teresa). O, más sencillo todavía, como decía el santo cura de Ars y san Josemaría: “orar es estar con Dios”.

Y para tener esa conversación amorosa con Dios hace falta amarle. Y para amarle es necesario conocerle, ver su verdadero rostro. Y a Dios es imposible conocerle y no amarle.

Por desgracia, muchísima gente –también entre cristianos– tiene una idea errónea de Dios. Y esa visión deforme no suscita ni facilita el amor. Y, en consecuencia, tampoco facilita la oración.

Nos dice san Juan que en la Gloria “seremos semejantes a Dios porque le veremos tal cual es” (1ª Juan 3, 2). Aquí no podemos verle “tal cual es”. Pero sí que podemos aproximarnos bastante, ya que Él se aproximó a nosotros.

Dios ha querido mostrarnos su rostro humano aquí en la tierra en nuestro Señor Jesucristo. Y lo ha hecho para que nosotros podamos tener un “rostro divino” en el Cielo.

Jesús revela, da a conocer, al hombre el rostro de Dios. Y, a la par, manifiesta al hombre el verdadero rostro del hombre, incomprendible si no se conoce el rostro de Dios, ya que estamos hechos a su imagen y semejanza.

“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 22).

Conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos –“noverim Te, noverim me”– como decía san Agustín. Ese doble conocimiento, en realidad, son las dos caras de la misma moneda, ya que sólo conociendo a Dios podemos conocernos a nosotros mismos.

El trato con Dios, la vida de oración, es la necesidad más imperiosa de la sociedad de nuestro tiem-

po. Es muy claro el mensaje de Juan Pablo II en el encuentro con los jóvenes en la Base Aérea de Cuatro Vientos, Madrid, sábado 3 de mayo de 2003:

“María, además de ser la Madre cercana, discreta y comprensiva, es la mejor Maestra para llegar al conocimiento de la verdad a través de la contemplación. El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. ¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Lamentablemente, conocemos muy bien la respuesta. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”.

San Pablo nos dice, a todos los cristianos: “Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Filipenses 2, 5). Ser cristiano es ser seguidor de Cristo, ser otro Cristo, imitarle. E imitarle no es hacer lo que Él hizo –cosa imposible–. Imitarle es hacer lo que Él haría si estuviese en nuestro lugar. Y, para eso, no basta conocer lo que Jesús nos dijo, ni siquiera saberse su vida. Necesitamos adentrar-

nos en su personalidad, en su manera de ser y de pensar. En una palabra, necesitamos conocerle a fondo, tratarle y amarle.

Mi pretensión con este libro es poner de relieve muchas de esas ideas falsas de Dios y avivar en ti, querido lector, el afán de conocer a fondo la entrañable y cautivadora persona de Jesús, ayudarte a tratarle y a enamorarte de Él. Y eso, con la convicción de que se trata del conocimiento más, importante, grandioso, necesario y apasionante que el hombre puede alcanzar en este mundo.

1

EL ROSTRO DE DIOS

Nihil volitum quim praecognitur –“Nada se ama si no se conoce”–. Al amor le precede, necesariamente, un cierto conocimiento de lo que se va a amar. Y con relación a Dios ocurre lo mismo: es imposible amarle sin conocerle.

También es verdad que al conocimiento ayuda el amor. El cariño dilata las pupilas, lleva a ver más. El cariño facilita el conocimiento y lo exige. El amor a Dios ayuda a conocerle y abre ansias de conocerle mejor.

En la relación humana, a veces, el conocimiento dificulta el amor. Hay gente a la que, cuanto mejor se la conoce, más difícil se hace quererla. Por el contrario, cuando se trata de personas buenas, de calidad, cuanto más se las conoce, más se las quiere. Depende de la calidad de la persona conocida.